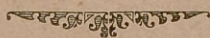


L-609-A

FM/998

LA AUTORIDAD DE LA IGLESIA



CARTA PASTORAL

DEL

Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. Victoriano Guisasola y Menéndez

OBISPO DE MADRID-ALCALÁ

AL

CLERO Y FIELES DE SU DIÓCESIS

CON MOTIVO DE LA

SANTA CUARESMA DE 1905



MADRID

IMP. DEL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS

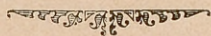
Calle de Juan Bravo, núm. 5.—Teléfono 2.198.

1905

CARTA PASTORAL

FM/998

LA AUTORIDAD DE LA IGLESIA



CARTA PASTORAL

DEL

Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. Victoriano Guisasola y Menéndez

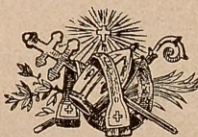
OBISPO DE MADRID-ALCALÁ

AL

CLERO Y FIELES DE SU DIÓCESIS

CON MOTIVO DE LA

SANTA CUARESMA DE 1905



MADRID

IMP. DEL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS

Calle de Juan Bravo, núm. 5.—Teléfono 2.198.

1905

~ SUMARIO ~

INTRODUCCIÓN

Relación íntima entre el magisterio y la autoridad de la Iglesia.— La Historia comprueba esa íntima conexión.— Oportunidad y urgencia de exponer y vindicar aquella autoridad.— Estado de la cuestión.

I

Existencia de la autoridad de la Iglesia.— Su necesidad.— Jesucristo instituye efectivamente una sociedad universal de las almas y en ella una autoridad.— Plan metódico del Salvador en esta institución.— La autoridad en la Iglesia naciente.— La autoridad de la Iglesia en el curso de la Historia.

II

Soberanía de la autoridad de la Iglesia.— Es independiente del Poder civil; su fundación lo atestigua, sus caracteres esenciales lo reclaman.— Tiene supremacía moral sobre aquél.— Esta supremacía, por razón del fin y de la comunidad del sujeto pasivo, exige una alta dirección sobre el Estado en cuanto á la cultura y moralidad de las costumbres.

III

Influencia de la autoridad de la Iglesia en el orden social.— El Poder civil encuentra en ella su más firme base y apoyo.— La libertad humana tiene una garantía poderosa en la autoridad pública de la Iglesia.— También ésta fomenta eficazmente la ansiada unión fraternal de todos los hombres.

CONCLUSIÓN

Exhortación afectuosa á la obediencia, y sumisión á la autoridad de la Iglesia.



NÓS EL DR. DON VICTORIANO GUIASOLA Y MENÉNDEZ,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA OBISPO DE MADRID-ALCALÁ, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL Y DISTINGUIDA ORDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA, ACADÉMICO ELECTO DE NÚMERO DE LA REAL DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS, CONSEJERO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA, SENADOR DEL REINO, ETC.

A NUESTRO CLERO Y PUEBLO DIOCESANOS

SALUD Y GRACIA EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO



ENERABLES HERMANOS Y AMADOS HIJOS: Ex-
puesto en Nuestra CARTA PASTORAL del año
anterior *el magisterio de la Iglesia*, el en-
lace natural de las cosas exige que tratemos en la presente
de la veneranda autoridad de que se halla investida por su
divino Fundador. Existe, en efecto, estrecha relación entre
estas dos prerrogativas de la Iglesia: el magisterio consti-
tuye el carácter de su misión; la autoridad el principio para
realizarla. Por el primero nos señala el camino de nuestra
salvación; por la segunda nos guía y conduce hasta ella.

La Historia ha comprobado plenamente la conexión ín-
tima de esos dos insignes ornamentos de la Iglesia católica.
Atacaron las herejías puntos particulares del depósito intan-

gible de la fe, y negaron en necesaria correspondencia determinadas esferas de dicha autoridad. Se llegó por la llamada revolución religiosa del siglo XVI á sentar un principio destructor de aquel magisterio, el libre examen en materias de fe, y de seguida se formuló otro principio radical contra la autoridad religiosa, el sacerdocio como delegación natural del pueblo. Ultimamente, el moderno naturalismo niega todo orden sobrenatural de doctrina y rechaza á la vez toda autoridad espiritual sobre el alma humana. Los ataques hállanse en líneas paralelas; al tocar un extremo se toca ineludiblemente el otro; el nihilismo en la fe es inseparable del anarquismo en la religión.

Ved ahí, venerables Hermanos y amados Hijos, la correlación necesaria entre el magisterio y la autoridad de la Iglesia. No pueden absolutamente divorciarse; hay entre ambos elementos una unión indisoluble, como resultado de aquella palabra todopoderosa que mancomunadamente comunicó la luz y la fuerza á los primeros mandatarios y representantes de su misión en el mundo, cuando les dijo: *Se me ha dado toda potestad en el Cielo y en la tierra. Id, pues, y enseñad á todas las gentes.*¹

¡Cuán oportuna y urgente es hoy la exposición y defensa de la sagrada autoridad de la Iglesia de Jesucristo! Con la restauración cristiana no murió el espíritu naturalista pagano, ni podía morir, porque es una triste y lógica consecuencia de la herida causada á la humana naturaleza por la degradación primitiva. Fué ciertamente abatido, pero no aniquilado en la presente vida ese elemento de corrupción,

¹ Mat., XXVIII, 18 et 19.

por adorables designios de la Providencia divina. Oculto quedó, como si dijéramos, entre las fibras del alma humana como un parásito que huía de la luz, siendo manantial de secretas rebeliones y accidentales trastornos en la economía del espíritu; pero el renacimiento pagano de la edad moderna, formando un ambiente apropiado para su desarrollo, le hizo germinar bien pronto y manifestarse al exterior con pujanza asoladora en el campo de la filosofía, é inmediatamente, por legítima consecuencia, en el de la moral y la religión, arremetiendo con acción simultánea contra todo principio de dirección y enseñanza extraño á la razón del hombre y contra toda fuerza de obligar superior á su voluntad, y aspirando nada menos que á la destrucción total de uno y otra.

Planteada en estos términos la cuestión, el vínculo del hombre con Dios queda reducido á una relación individual y libre, sin más guía que la idea propia ni más norma de deberes que los sentimientos privados. Todo organismo religioso, todo sacerdocio no será más que un elemento auxiliar creado por el mismo hombre, sin jurisdicción sobre éste, antes dependiente de él. Estas alucinaciones de la razón halagada por sus propios delirios, pero en contradicción con la realidad de los hechos de Dios en el mundo, envolvían dos forzosas consecuencias: expulsar á Dios de la vida colectiva con la negación de toda autoridad é influencia religiosa, y erigir en cambio una fuerza absolutamente suprema y omnímoda en el Estado, de donde emane todo poder y derecho. Mas Dios, recluso en la conciencia individual, no es el Ser supremo y Señor de todas las cosas, y la proclamación del Estado como origen de todo derecho

entraña el inmoral y tiránico absolutismo del poder; por eso los siglos que se han atrevido á tomar esas actitudes, tienen que ver lo que no soñó jamás ningún siglo de la Historia: la negación absoluta de Dios y del Estado, el ateísmo y la anarquía, formulados en sistemas de ideas y de hechos. ¡Tal es la situación actual del mundo en su movimiento hostil á la autoridad de la Iglesia!

Por nuestra parte, venerables Hermanos y amados Hijos, acariciamos la creencia de que esa actitud agresiva tan radical se halla providencialmente dispuesta para grandes bienes. Al enviar Dios su unigénito Hijo á la tierra para que con su sangre la rescatase y diera nueva y más abundante vida á las almas, ordenó por admirable manera que la fuerza pagana estuviese concentrada en un poder, cuyo imperio abarcase todo el orbe conocido, á fin de que ese mismo poder universal y tiránico fuese un factor inconsciente para multiplicar y dilatar las semillas de la fe en las vastas extensiones de su dominio. ¿Por qué en los tiempos actuales, en que hay un imperio más universal y decisivo, el de las ideas que bullen incesantemente, se mueven en todas direcciones y cuyo cetro soberano toca, en un momento, todos los confines del mundo, no ha de darse un designio misericordioso del Altísimo, permitiendo esa reaparición aparentemente más culta de la barbarie pagana, para que un día sucumba á la vista de todos en la redondez de la tierra? Por eso, lo decimos paladinamente, no Nos asustan ni atemorizan los tiempos presentes, con ser tan aciagos, antes alientan y avivan nuestras esperanzas, porque los consideramos preparatorios de una nueva y universal restauración cristiana, que haya de realizarse hoy á la luz es-

plendorosa del espíritu, como ayer se realizó tras el hierro del verdugo y la lobreguez de las catacumbas.

Desvanecer, por tanto, los errores y preocupaciones que oscurecen y anublan el sol de la verdad para que ésta aparezca luminosa y radiante, extender su conocimiento por todos lados, llevarla á las almas con amor entrañable, he ahí la que reputamos grande obra de nuestro sagrado ministerio. La Iglesia católica sólo pide de sus adversarios que la conozcan: la ignorancia engendrada por prejuicios inverosímiles, que extravían y amenguan la vista, es el arma que más la ofende; el conocimiento claro y sereno de su constitución es su mejor defensa. Inspirándonos en este criterio, Nos dirigimos á todos, por apartados que estén de nuestra santa Madre la Iglesia, para exponerles en la manera breve y sencilla, propia de un escrito pastoral, el punto fundamentalísimo de la autoridad de la misma Iglesia, demostrando su legítima existencia, la soberanía que la corresponde y su beneficioso influjo en el orden social

I



Es indudable, venerables Hermanos y amados Hijos, que Dios Nuestro Señor obra en las cosas conforme al ser de las mismas. Así lo demanda el bien de ellas: obrar Dios en las criaturas contrariando al ser que les ha dado, sería violentarlas ó destruirlas. Así lo exige también la suma Bondad: el que por amor creó, por amor obra, y el amor es conformidad con lo que se ama. Así igualmente lo proclama la experiencia: el vasto conjunto de la creación, gobernada por el supremo Hacedor, es para todo espíritu observador y reflexivo una tesis viviente de inefables armonías entre la dirección todopoderosa y el ser de las cosas creadas, según lo indicó el escritor sagrado como peculiar de la divina Sabiduría con aquella frase: *Alcanza de fin á fin con fortaleza y todo lo dispone con suavidad* ¹.

Esta norma de soberana armonía, tan patente en el orden natural, resplandece también en el sobrenatural, según hubimos de notar ya en otra ocasión, cuando en Nuestra CARTA PASTORAL ² acerca de *La vida cristiana* tra-

¹ Sap., VIII, 1.

² Publicada en la Cuaresma de 1933.

tamos de la iniciación, forma y progreso de esa vida por el elemento sobrenatural de la gracia. Decíamos entonces que ésta es un impulso de luz y de fuerza, por estar destinada á un ser activo é inteligente; y que influye en nosotros como elemento adicionado á nuestra vida, íntimamente unido con ella por misteriosa elaboración en el interior de nuestro ser, para que ese obrar sublime del alma por la gracia divina fuese también propio nuestro, existiendo un paralelismo exacto entre la constitución natural de nuestro espíritu y la elevación que en el mismo se producía con la fuerza sobrenatural. Esa armonía observada en el resultado de la acción sobrenatural, que es la regeneración del alma, tiene lugar igualmente en su principio, que es la Encarnación de Dios en el mundo. Se hizo hombre el divino Verbo, asemejándose á los que venía á regenerar; fué hijo entre los hombres, para tener con ellos la homogeneidad paternal de la naturaleza por el vínculo de la sangre; y su manifestación constante fué la enseñanza, por ser la connatural y propia para influir en seres racionales. Existe, pues, como una ley que preside á la acción divina, ley de bondad promulgadora de sublimes armonías entre lo infinito y lo finito, lo omnipotente y lo limitado.

Pues esa ley, realizada en el orden de la naturaleza y cumplida asimismo en el principio y resultado del orden sobrenatural, debe llenarse del mismo modo en el medio necesario. Para que hubiera relación segura y eficaz entre ese principio y ese término, entre Dios Redentor y las almas redimidas, se necesitaba un medio humano, visible y perpetuo, que con voz autorizada llamase á los hombres hacia Dios y á Dios le aproximara á los hombres. ¿Cómo

había de ser esto? Si debe efectuarse la citada ley de armonía, el medio mejor era sin duda que los hombres formasen en el orden sobrenatural una vasta sociedad como sucede en el orden natural, para que mutuamente se auxilien y perfeccionen, y en la que hubiese un centro orgánico de poder para mantener la unión y la vida entre todos los miembros mediante la enseñanza de la verdad divina, la comunicación de abundantes corrientes de la gracia y la dirección ordenada de esta gran masa social. He ahí la autoridad de la Iglesia en sus tres grandes esferas de magisterio, santificación y régimen de las almas, respondiendo al ser del hombre y á la regla constante del obrar de Dios.

Ni ¿qué otra solución cabría? La comunicación subjetiva, sin ese medio, con la suprema fuente de la verdad y de la vida, hubiera sido cosa muy factible. Dios no nos la niega en su bondad, pero ella sola hubiera sido del todo inútil. Las enseñanzas del Hombre-Dios se habrían ido poco á poco alterando y descomponiendo entre las diferencias y caprichos del criterio particular de cada uno, y sus graves preceptos ya se encargarían las humanas pasiones, con su lógica de interpretación tan elástica y mañosa, de destruirlos por completo; ni faltarían espíritus febriles que proclamaran los más torpes extravíos, ó almas ardorosas que quisieran imponer á los demás las mayores exageraciones. Laberinto de caminos contrarios sin dirección fija, caos de elementos confusos y revueltos, he ahí la gráfica imagen del mundo sobrenatural en ese estado de individualismo religioso, que tanto á algunos agrada. Decir otra cosa, acusa un desconocimiento absoluto de lo que es el espíritu humano: sobre

cosas las más pequeñas, perceptibles y viables, suele darse una disonancia tan variada como el número de individuos que las aprecian, cuando falta un vínculo de cohesión moral entre los mismos; ¿qué no sería respecto á cosas elevadas é invisibles, á doctrinas y deberes que trascienden las fuerzas naturales de la razón y la voluntad humana? La historia de todos los que se desviaron de la Iglesia para constituir por sí la religión de Jesucristo, forma un acervo lo más heterogéneo é irreductible que concebirse puede, de contradicciones, absurdos y desvaríos, que si no fuera labor ingrata os mostraríamos para que vierais cómo las más repugnantes torpezas, los ultrajes más grandes á la razón y al buen sentido y las ridiculeces más extravagantes fueron defendidas con calor y entusiasmo en nombre de Dios por hombres, muchos de ellos con fama de sabios y hasta piadosos, pero que al separarse de la Iglesia, engañados por el espíritu del mal para dirigirse en lo sobrenatural por cuenta propia, mostraron bien á las claras lo errado que anda en ese terreno tan elevado quien prescinde de guía exterior que le dirija.

Mas no hay necesidad de evocar recuerdos de tiempos lejanos; basta sólo mirar al estado presente del protestantismo, que estableció como dogma el libre examen y el espíritu privado en materias de fe y de conciencia, á pesar de que conservó cierta especie de autoridad religiosa en los Príncipes, para adquirir plena evidencia de todo lo dicho. Aseméjase hoy el protestantismo, con sus millares de sectas y grupos contrapuestos entre sí, y con sus novísimos teólogos racionalistas de las universidades de Alemania reduciendo á suposiciones míticas y subjetivismos ideales todo

lo sobrenatural del Cristianismo, á un campo de ruinas en que se halla pulverizada toda realidad religiosa.

Es cierto y manifiesto, venerables Hermanos y amados Hijos, que, sin centro de autoridad, el mundo de las almas hubiera sido un caos informe. Dios, que todo lo ha ordenado sapientísimamente, que en todas partes ha establecido autoridad y ley, en la naturaleza inanimada y en la animada, en la materia y en el espíritu, que ha puesto para los fines temporales humanos la asociación común con autoridad propia, no ha podido dejar para el fin eterno, para la necesidad absoluta del alma, para lo más trascendental y difícil, el desorden y la anarquía. No. Lo que la razón afirma, la realidad lo prueba: Dios ha fundado una inmensa sociedad de las almas, con una autoridad indestructible para regirla.

Vióse claramente en la vida mortal de Jesucristo Nuestro Señor, á la par que la enseñanza restauradora de la verdad y el bien supremos, la idea constante de instituir una vasta congregación de las almas, con un cuerpo orgánico de autoridad que mantuviese viva su doctrina y llevara á la práctica sus preceptos. Puede decirse que esta fué la preocupación amorosa de su alma santísima, como que la Iglesia sería su grande obra en el mundo, mediante la que se recogería el inmenso fruto de la Redención. Así hablaba continuamente del *reino de Dios que se acercaba*¹, *el cual sería quitado al pueblo judío y dado á otro pueblo*

¹ Marc, I, 15. Luc., X, 9 et 11.

*que hiciese los frutos de él*¹; reino fundado sobre *la piedra que desecharon los que edificaban*²; reino *del Hijo del hombre, quien enviará á sus ángeles para que aparten de él todos los escándalos*³; reino propio, afirmado por el divino Redentor de la manera más rotunda ante el prefecto romano diciéndose *Rey*, y que *su reino no es de éste mundo*⁴; procuró además dejar bien grabada la idea de la amplitud grandiosa y llena de bondad de ese reino, valiéndose de símiles insinuantes y expresivos, en que lo compara á una ciudad situada en lo alto de un monte para que pueda ser vista de todos, á un egregio festín al que son convidados aun los que vagan por los caminos, á una red arrojada al acaso y en cuyo seno se recogen peces grandes y pequeños, á un campo entre cuyo trigo también nace la cizaña, ó en fin, á otros muchos símbolos, como grey, redil, viña, heredad; en todos los cuales, con el fondo evidente de realidad colectiva, se retratan hermosos caracteres de la misma, especialmente el de su anchuroso ámbito para congregar todas las almas.

Dada por el Salvador la idea de su plan, creó el medio para realizarlo, la autoridad orgánica que gobernase esa sociedad inmensa. Llamó á su lado doce humildes pescadores, que le siguieron animosos: para ellos fué el magisterio más solícito y lleno de ternura y de paciencia, que resolvía las dificultades de la tosca sencillez de sus inteligencias y aclaraba su predicación hasta los detalles. Aquellos hombres eran los escogidos para ser el centro de su Iglesia. ¡Qué ajenos estaban en su rudeza de ser los

1 Mat., XXI, 43.

2 Ibid., 42.

3 Ibid., XIV, 41.

4 Joan., XVIII, 33 34 et 36.

primeros mandatarios de la excelsa soberanía de las almas! Algo pudieron vislumbrar, cuando no mucho después de su vocación les mandó recorrer las ciudades de Israel, diciéndoles con grave acento: *Id, y predicad, diciendo: que se acercó el Reino de los Cielos..... El que á vosotros recibe, á Mí recibe, y el que á Mí recibe, recibe á Aquel que me envió*¹. Pero cuando completamente se aclaró para los Apóstoles el designio adorable de su divino Maestro fué un día que, retirándose de las muchedumbres para ir con ellos solos á un lugar apartado cerca de Cesarea, allí en medio del silencio imponente de la naturaleza y como si buscase la mayor efusión é intimidad de sus almas, les dirigió con tono misterioso esta singular pregunta: *¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?* Sorprendidos le respondieron: *los unos, que Juan el Bautista; los otros, que Elías; y los otros, que Jeremías ó uno de los Profetas.* Entonces Jesús, dirigiéndose ya á ellos de una manera resuelta, les dice: *Y vosotros ¿quién decís que soy yo?* Todos enmudecieron estupefactos, menos Simón Pedro, que con actitud decidida y entusiasta contesta: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.* Á esta confesión tan hermosa de la Divinidad y de la misión sublime de Jesucristo hecha por Pedro acompañó de parte del Salvador, como cosa que ya podía entenderse, la manifestación explícita de su propósito de fundar su Iglesia, cimentándola sobre la autoridad inconvencible que instituyó para siempre en el Jefe de los Apóstoles y sus sucesores. Oid las palabras solemnes de Jesús, tal como las relata el evangelista San Mateo: *Y res-*

¹ Mat., X., 7 et 40.

*pondiendo Jesús le dijo: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Juan, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre, que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra Ella. Y á ti daré las llaves del Reino de los cielos. Y todo lo que ligares sobre la tierra, ligado será en los cielos: y todo lo que desatares sobre la tierra, será también desatado en los cielos*¹. Á continuación, porque no convenía se manifestase públicamente todo esto hasta que fuese consumada la Redención por el sacrificio de la Cruz, el Salvador *mandó á sus discípulos que no dijesen á ninguno que El era Jesús, el Cristo*². En esas palabras está revelada por modo categórico la creación simultánea del Cristianismo y de la autoridad religiosa: del primero, como congregación de almas propia de Jesucristo, que la llama *su Iglesia*; de la segunda, como cimiento sobre el que edificará ésta y cuyo ejercicio de régimen tiene la suprema confirmación del Cielo.

Hasta aquí, venerables Hermanos y amados Hijos, la promesa explícita de la institución de la Iglesia y de su autoridad. Acaecida la muerte de Cristo Nuestro Señor y cumplida su misión redentora en el mundo, comenzaba la hora de aplicar la Redención por medio de la institución que Jesucristo había prometido, y es llegado el momento de la creación efectiva de dicha autoridad para la naciente Iglesia. Fijaos en la manera amorosa y augusta con que el Salvador realiza el hecho. Llégase á sus Apóstoles, que

¹ Mat., XVI, 3-19.

² Ibid., 20.

estaban reunidos en el Cenáculo con las puertas cerradas por miedo á los judíos, y poniéndose en medio de ellos les dijo: *Paz á vosotros. Como el Padre me envió, así también yo os envío. Y dichas estas palabras, sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo: A los que perdonareis los pecados, perdonados les son; y á los que se los retuviereis, les son retenidos*¹. Apareciéndoseles otra vez, se dirigió á Pedro, que iba á ser la cumbre y centro de dicha autoridad, y le preguntó delante de los otros: *Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos? Sí, Señor, le responde, Tú sabes que te amo. Jesús le dice: Apacienta mis corderos. Insta segunda vez: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Y á la misma respuesta sigue la misma afirmación: Apacienta mis corderos. Tercera vez le pregunta el Señor: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Pedro se entristeció, nota el Evangelista, porque le había dicho la tercera vez ¿me amas? y le dijo: Señor, tú sabes todas las cosas, tú sabes que te amo. El Salvador afirma una vez más, y ahora con mayor amplitud: Apacienta mis ovejas*².

Esta fué la comunicación de la autoridad: faltaba ya únicamente su proclamación pública. La cual verificará Cristo Nuestro Señor en el momento más solemne y decisivo, en el último adiós á los hombres al ascender majestuosamente á los cielos, en aquella ocasión en que vendría como á abrirse y publicarse el testamento de su vida en el mundo. Sobre un monte, dirigiéndose á sus Apóstoles delante de muchos discípulos y gente que se había congregado, les dijo, según refiere el Evangelio: *Se me ha dado toda potestad en el*

¹ Juan, XX, 21-23.

² Ibid., XXI, 15-17.

*cielo y en la tierra. Id, pues, y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo: enseñadlas á observar todas las cosas que os he mandado. Y mirad que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo*¹. *Y alzando las manos, los bendijo, y aconteció que mientras los bendecía, se partió de ellos y era llevado al cielo*². Ved ahí expresado en los términos más claros el poder supremo de la Iglesia, abarcando la enseñanza, la santificación y dirección de las almas, derivada inmediatamente del que tiene potestad sobre los cielos y la tierra, y mantenido en Él, que viviendo eternamente, estará con su Iglesia hasta el fin de los siglos.

Del establecimiento de la Iglesia, de su constitución y régimen, fué sin duda aquella enseñanza especialísima dada por Jesucristo después de su Resurrección á los Apóstoles á la que alude San Lucas en el principio de *Los Hechos de los Apóstoles*, cuando dice que el Salvador, *después de haberles instruído por el Espíritu Santo, se les apareció por espacio de cuarenta días, hablándoles del reino de Dios*³.

La institución, por consiguiente, de una sociedad religiosa cristiana y de una autoridad para regirla es indiscutible. Sería necesario destrozar las páginas del Evangelio, destruirlo por completo, para no admitir esa concepción y ese hecho del Salvador del mundo, pues apenas hay enseñanza pública del divino Maestro en que no enderece la mirada de los que le escuchan hacia el nuevo reino de las

1 Mat., XXVIII, 18-20.

2 Luc., XXIV, 50 et 51.

3 Act., I, 2 et 3

almas. Su conversación frecuente con los Apóstoles, próximo ya á su Pasión, es sobre la grandeza de la misión que ha de confiarles, dificultades que han de encontrar y cómo todo lo han de vencer con el poder y la asistencia que Él les comunique; y el único blanco de sus cuidados después de su Resurrección es formarles convenientemente para el ejercicio de aquella alta misión. Obsérvase en el Salvador respecto á la institución de la autoridad de la Iglesia una marcha progresiva, un plan metódico ascendente, que llena todo el Evangelio. Negar esa autoridad es negar el Evangelio mismo, es negar al mismo Cristo.

En consonancia con esto está la idea que da el Apóstol San Pablo de la Iglesia como *cuerpo cuya cabeza es Cristo, con perfecta trabazón de miembros entre sí ordenados*¹, lo que sería ininteligible sin la autoridad. Y á los fieles de Corinto claramente les dice: *Así nos tenga el hombre*,—esto es, cada uno de vosotros—*como ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios*²; y en una hermosa frase expresa el nuevo orden de cosas, simultaneado con la autoridad de que los Apóstoles disponían, diciéndoles: *Las cosas viejas ya pasaron: he aquí todas son hechas nuevas. Y todas son de Dios, que nos reconcilió á Sí por Cristo; y nos dió el ministerio de la reconciliación*³. De este ministerio, de este poder en nombre de Cristo habla constantemente el Apóstol en sus epístolas.

Si queréis ver la existencia práctica de esta autoridad,

¹ Colos., II, 19.

² I Cor., IV, 1.

³ II Cor., V, 17 et 18.

ella aparece en ejercicio desde los primeros días del Cristianismo. Conocida es aquella discusión ocurrida al principio de la Era cristiana entre los convertidos de la sinagoga y la gentilidad, porque aquéllos querían obligar á éstos á la circuncisión y á otras prescripciones de la ley mosaica. Los Apóstoles y Presbíteros, el cuerpo de la Iglesia docente, en aquellas circunstancias se reunieron en asamblea y promulgaron un verdadero decreto, en que declaraban no obligatorias las disposiciones ceremoniales de la ley antigua, el cual se lee textualmente en *Los Hechos de los Apóstoles* y contiene aquella célebre frase, como signo de la autoridad con que mandaban: *Porque ha parecido al Espíritu Santo, y á nosotros, de no imponer sobre vosotros más carga que estas cosas necesarias* ¹. Igualmente aparece en esa sucinta historia de los comienzos de la Iglesia la institución de los Diáconos por los Apóstoles, notándose el concepto de la autoridad sagrada que tenían y el convencimiento acerca de ésta en los demás. *Los doce*—dice el autor inspirado,—*convocando la multitud de los discípulos, dijeron: no es justo que dejemos nosotros la palabra de Dios y que sirvamos á las mesas. Escoged, pues, hermanos, de entre vosotros siete varones de buena reputación, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, á los cuales encargaremos esta obra.* Y pareciéndole bien á toda la gente esta proposición, eligieron á siete —cuyos nombres se expresan en el texto,—siendo muy de notar lo que prosigue: *A estos pusieron delante de los Apóstoles; y orando pusieron las manos sobre ellos* ². Donde se ve expresa-

¹ Act., XV, 28.

² Act., VI, 2-6.

mente, no sólo el ejercicio, sino la aceptación de la autoridad de la Iglesia personificada en los Apóstoles.

Sería largo referir los repetidos actos autoritarios por ellos ejercidos y que constan en la citada narración de los primeros tiempos de la Iglesia, como el castigo de Ananías y Safira, la institución de Obispos y otros ministros del Evangelio, la administración de los bienes de la Comunidad cristiana y otras muchas disposiciones que como verdaderos decretos de autoridad son citados, leyéndose de San Pablo que *anduvo por la Siria y por Cilicia confirmando las iglesias, mandando que se observasen los reglamentos de los Apóstoles y de los Presbíteros*¹, y que él y su discípulo Timoteo, *cuando pasaban por las ciudades, les enseñaban que guardasen los decretos que habían sido establecidos por los Apóstoles y los Presbíteros que estaban en Jerusalén*².

Si desde esos comienzos sencillos se extiende la mirada en las lejanías del tiempo, la Iglesia puede presentar en pro de su autoridad el portentoso hecho de su existencia á través de los siglos. Porque esa autoridad se ha ejercido siempre, ha comunicado la vida por el gran cuerpo de la Cristiandad, con lazo de amor ha unido las almas esparcidas por las más apartadas regiones, y con sabias leyes ha ordenado todo su ámbito. No ha temido nunca la muerte enfrente de los más poderosos y encarnizados enemigos. Si en el seno del organismo por ella gobernado ha aparecido la corrupción, al bajar su cetro se ha desvanecido el virus infeccioso. En ella, los miembros que se dañan, al contacto

1 Act., XV, 41.

2 Ibid., XVI, 4.

de su poder ó se vivifican ó se expelen. Contra esa autoridad han combatido el error, la calumnia, la fuerza: nada la ha subyugado. Ella en cambio ha dejado caer su anatema contra viles pasiones, extravíos de la inteligencia, maquinaciones de los poderosos, y todo lo que alcanzó su condenación, tantas veces mirada con desprecio, ha sucumbido. Ha subido serena el curso de los siglos con la majestad de su poder, viendo desencadenarse en torno suyo las borrascas que destruían imperios y alteraban una y otra vez el mapa del mundo.

Era la autoridad, venerables Hermanos y amados Hijos, que mandaba en nombre de Dios, que se imponía á la orgullosa inteligencia con dogmas incomprensibles y á los inquietos corazones con severas austeridades; y sin embargo, esa autoridad fué acatada por el hombre, ha extendido su dominio por los confines de la tierra y ejerce hoy su suave imperio sobre las almas. Su título en la Historia es innegable, y ese título es la patente de su legitimidad y su derecho.

II



QUEDA demostrado que existe la autoridad de la Iglesia fundada por Jesucristo. Ahora debemos dar un paso más: esa autoridad es soberana, porque es independiente de cualquiera otra potestad que en el mundo se levante.

No habló Jesucristo al instituir esta autoridad, Él que había enaltecido con su alto ejemplo la obediencia á los poderes civiles, pagando puntualmente los tributos y respondiendo con humildad al mismo que le condenaba á muerte injusta, no habló, decimos, de subordinación alguna de su Iglesia á la autoridad secular, y eso que no una vez sola y al acaso, sino muchas y con determinado plan, conversó con sus Apóstoles y les instruyó acerca de la fundación de la misma Iglesia. Por el contrario, sus expresiones denotan la absoluta independencia de la autoridad eclesiástica: *Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra.....*¹ *Id, pues, á todas las gentes.....*² *Como el Padre me envió, así os envío á vosotros*³. El sentido de estas frases es evidente: en virtud de la potestad suprema de Dios sobre todas las

¹ Mat., XXVIII, 18.

² Ibid., id. 19.

³ Ioan., XX, 21.

cosas y sobre la humanidad entera, vais á ejercer vuestro ministerio; podéis, pues, por todas partes realizarlo sin necesidad de la autorización de los poderes inferiores de la tierra, ni dependencia ninguna de ellos. Es más: Él les previno que serían perseguidos por esos mismos poderes, que se intentaría oprimirles en su ministerio, y les alentó á proseguir sin temor su obra. *Seréis llevados* — les dice — *ante los gobernadores y los reyes por causa de mí....*¹ *Pues no los temáis*². *Mas confiad, que yo he vencido al mundo*³.

Así lo entendieron los Apóstoles al predicar el Evangelio, no sujetándose á las disposiciones contrarias, y cuando les increpan por no prestar obediencia á la prohibición de su ministerio ellos responden con lacónica energía: *Es menester obedecer á Dios antes que á los hombres*⁴. Así lo entendieron los primeros cristianos, que por no obedecer los preceptos de los gobernantes en cosas contrarias á los de la Iglesia sacrificaban legítimas aspiraciones, fortuna y la misma vida; no se rebelaban contra el poder público, pero no le obedecían; en materias religiosas su única autoridad era la Iglesia, no reconocían otra alguna, poseedores de la firme convicción de que aquélla era soberana, independiente. Así lo entendió, por último, la tradición cristiana de todos los siglos. Dignas son de ser leídas algunas de las numerosas sentencias que sobre este punto tienen los grandes representantes de esa tradición. El gran Osío, gloria imperecedera del Episcopado español en el siglo IV, escribía al Emperador Constancio, que pretendía ingerirse en el gobierno de la Iglesia, las siguientes palabras: "No te mezcles, joh

1 Mat., X, 18.

2 Ibid., id. 26.

3 Ioan., XVI, 33.

4 Act., V, 29.

„Emperador!, en las cosas eclesiásticas, ni quieras darnos „preceptos sobre ellas. Dios te ha confiado á ti el Imperio, „á nosotros la Iglesia. Y así como el que te arrebatase el „Imperio se opondría á la ordenación de Dios, así también „teme, si lo extiendes á los asuntos de la Iglesia, hacerte reo „de un gran crimen, pues con razón está escrito: *Las cosas que son del César al César, y las de Dios á Dios.*”¹ San Juan Damasceno increpaba de este modo á León Isáurico, Emperador de Oriente: “No intentes, Emperador, destruir „el estado eclesiástico. Porque el Apóstol dice: *Aunos hizo „Dios en la Iglesia Apóstoles, á otros Evangelistas y á „otros Pastores y Doctores;* mas no dijo *Reyes.*”² San Ambrosio hablaba así á Valentiniano: “No quieras gravar tu „alma, ¡oh Emperador!, creyendo que tienes algún derecho „imperial sobre las cosas que son divinas”³.

Prolijo sería acumular testimonios en esta materia, en que hay unanimidad completa entre todos los Santos Padres y Doctores de la Iglesia; conviniendo por manera especial fijar la atención en el carácter de esas afirmaciones, que no tienen la cualidad de opinión personal, sino de fe firme en la esencia de la autoridad de la Iglesia por razón de su origen. ¿Vamos á decir que todos esos hombres desde los primeros á los más avanzados siglos se engañaron, ó que fueron movidos por una secreta ambición para afirmar la independencia de la autoridad eclesiástica y no desmayaron jamás en mantener un principio de tanta gravedad y trascendencia como el de la no subordinación á las potestades temporales? En tan largo tiempo, por espacio de

1 Epist. ad Constant. apud S. Athan. Hist. Arian.

2 S. Ioan Damasc. Orats. De imaginib.

3 Epist. XX.

quince siglos—pues lo cierto es que hasta el XVI no se atacó directamente la soberanía de la autoridad de la Iglesia,—¿no se iba á levantar ninguna voz recta y sincera entre tantos varones eminentes, entre espíritus tan elevados y virtuosos, para advertir que la mente del Salvador del mundo fué la sujeción de su Iglesia á los poderes civiles?

Ya sería eso mucho, ya sería eso imposible; mas lo que no puede en modo alguno concebirse, lo que es un atentado al sentido común, es suponer error ó falsía en el nacimiento de la Iglesia de Jesucristo. ¿Era quizás enigma tan ininteligible el que la nueva sociedad que en el mundo se instituía fuese independiente ó subordinada á la civil, para equivocarse en este punto? ¿Por ventura el divino Maestro habría dejado pasar error de tanta monta, Él, que explicaba á sus discípulos hasta en los menores detalles con comparaciones y ejemplos sus ideas y les corregía amorosamente cuando no les veía bien informados? ¿Era posible que en aquella agrupación primera de la infancia del Cristianismo, en la que tan fresca y viva se hallaba la memoria de las palabras y de los hechos del Redentor divino y cuya atmósfera era toda sagrada, fuese á caber una interpretación errónea de lo más fundamental de la Iglesia, su autoridad, en la que vincularía una organización para muchos siglos? Y no hablemos de móviles ambiciosos, de altiveces de espíritu, en aquellos que sólo tenían frente á sí una vida de persecución y una muerte ignominiosa, que rogaban por los mismos Emperadores que á su divino Señor maldecían, y derramaban su sangre generosa como fieles soldados de la bandera de una patria que les abominaba.

Rechazar la soberanía de la Iglesia, sujetándola al poder civil, vale tanto, venerables Hermanos y amados Hijos, como rechazar la autoridad de Jesucristo Dios; pues de sus palabras y designios, y de su interpretación legítima en la historia, aparece con luz evidentísima su independencia. No podía ser de otro modo: someter á la Iglesia al poder civil hubiera sido conceder á éste atribuciones en una esfera totalmente extraña á su misión peculiar. El régimen de las almas en orden á la vida eterna es cosa de suyo exenta de la jurisdicción del Estado, porque está fuera de la pura condición de la naturaleza. En orden á la felicidad eterna del hombre, sólo Dios puede mandar y regir, ó un poder directamente ordenado por la suma Bondad para este fin. ¿Puede alegar el Estado este título? Sólo puede presentar el título común de su poder sobre los ciudadanos para su perfección temporal. Por consiguiente, ó hay que reducir la Religión al orden de las cosas temporales, ó extender el poder civil al orden de las cosas eternas, para poder afirmar la subordinación de la Iglesia al mismo. Contra lo primero, no solamente protesta la verdad religiosa, sino que se levanta la conciencia humana; contra lo segundo está la fuerza incontrastable de la realidad, que señala la absoluta carencia de facultades y medios en el poder civil para alcanzar esa extensión de dominio.

Por otra parte, admitida la subordinación de la Iglesia al Estado por la supremacía absoluta de éste, es necesario destruir por completo el ser de aquélla. La Iglesia, si existe, ha de ser una, universal y perpetua. Una, porque siendo

fundada para señalar al hombre el camino hacia su patria eterna, el cual no lo traza ella, sino únicamente indica el que su divino Fundador le ha manifestado, no puede haber más que una dirección en ese sentido; por lo cual Jesucristo no dijo simplemente á sus Apóstoles: *Enseñad á todas las gentes*; sino: *Enseñadles á que guarden todo lo que os he mandado* ¹: *El que no creyere, se condenará* ²; y el Apóstol se esforzaba en grabar en los primeros cristianos la idea de que la Iglesia constituía *un solo cuerpo en Jesucristo* ³, expresando como el programa de la unidad de la Iglesia en esta sintética frase: *Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo* ⁴. Universal, porque el reino de las almas no admite división de territorios, ni de razas: para todos es la Redención, y á todos los puntos del globo donde palpita un corazón humano se extiende de derecho la hegemonía universal de la Iglesia: *Id á todas las gentes, predicad el Evangelio á toda criatura*: esa es la órbita que le está marcada. Perpetua, finalmente, como se desprende de lo dicho, porque ninguna generación puede hallarse excluida del beneficio inmenso de la Redención: *Yo estaré con vosotros*, ha dicho Jesucristo, *hasta la consumación de los siglos* ⁵.

Pues estos atributos esenciales, y por tanto la Iglesia misma como tal, irían por tierra al admitirse su dependencia del poder del Estado; porque siendo ésta diversa, limitada y temporal, la Iglesia seguiría la condición y suerte del mismo, tornándose múltiple, limitada y sucesiva. Esa es la ley de las cosas que dependen de otras. ¿Cómo era posible, en ese flujo de opiniones, ideas y rumbos de los hom-

1 Matt., XXVIII, 20. 2 Marc., XVI, 16. 3 Rom., XII, 5 et alib. 4 Ephes., IV, 5.

5 Matt., loc. cit.

bres de Estado, que se mantuviese la unidad de doctrina? ¿Cómo el poder eclesiástico de una nación podrá abrazar al de otra, si el poder principal, ó sea el del Estado, no podía salir fuera de sus fronteras? ¿Cuál sería la suerte de la Iglesia en las revoluciones que derrocan el poder público? Y si no fuera bastante la evidencia de las ideas, la Historia ofrece la realidad de los hechos en el desmenuzamiento, diversidad y evaporación doctrinal del protestantismo, que sujetó el poder religioso al civil.

No faltan, es cierto, algunos y aun muchos sedicentes católicos que se dejan llevar por esa corriente de la supremacía del poder civil, cuyo verdadero fondo y tendencia sin duda no conocen bien, y que, para conciliar la soberanía de la autoridad de la Iglesia con su dependencia del Estado, pretenden que aquélla sea independiente y soberana en el orden estrictamente espiritual de su altísima misión, pues á esto no puede llegar el poder civil; pero que debe estar sometida al mismo en lo temporal, en las manifestaciones ó elementos de esta índole que tenga su ministerio, porque todo lo exterior, material y visible, cae bajo la jurisdicción del Estado; y así el mismo Jesucristo dijo: *Mi reino no es de este mundo* ¹.

Mas con tal arbitrio no sabemos en qué pueda ser independiente la Iglesia, pues todo lo espiritual, en el momento que hay comunicación humana, ha de tener indispensablemente manifestaciones materiales. Afirmar, por tanto, que la Iglesia puede ser soberana en lo puramente espiritual, aunque dependa del Estado en lo material y externo, no es

¹ Ioan., XVIII, 36.

más que decir una ingeniosa paradoja. ¿Qué importa se reconozca á la Iglesia que le corresponde celebrar y conferir los sacramentos, si la administración de éstos, por ser cosa exterior y visible, puede estar sujeta al poder civil? ¿De qué le sirve el poder enseñar la verdad divina á sus hijos, si el Estado puede poner su veto á la manifestación pública de esa enseñanza cuando crea no convenir á sus intereses? ¿De qué el competirle á ella la celebración del culto, si los actos de éste como exteriores pueden ser reglamentados é impedidos por el poder civil cuando se le antoje?

Esto no puede ser, venerables Hermanos y amados Hijos: hay una unidad indisoluble entre lo espiritual y lo material en los actos humanos, de tal modo, que ni lo primero existe sin algún elemento de lo segundo, ni aun esto sin algo de aquello. Así se ve que el mismo Estado llega con sus preceptos á lo inmaterial, cuando es condición necesaria de lo temporal, como es lo relativo al consentimiento y libertad en los contratos, la premeditación para agravar el castigo de un delito ó la intención de no causar un mal tan grave para disminuirlo. Con igual razón, por lo menos, la Iglesia debe abarcar con su dominio independiente lo temporal que sea elemento necesario de lo espiritual que constituye su objeto. Y como hace notar el gran Padre San Agustín, Jesucristo Nuestro Señor dijo: *Mi reino no es de este mundo*, porque su objeto es la salvación de las almas, que se halla fuera de los límites terrenos; pero no dijo: *Mi Iglesia no está en este mundo*, pues en este mundo vive, en cuanto de hombres se compone, tiene constitución social y medios visibles usa por ordenación divina para dirigir á sus miembros.

Luego ha de tener la Iglesia de Jesucristo verdadero imperio é independencia en esa esfera de elementos exteriores que forman unión esencial con su objeto propio, como es el desempeño de su magisterio, las ceremonias y actos públicos de su culto, régimen y jerarquía de su sacerdocio, la reglamentación completa de sus institutos religiosos, la administración libérrima de sus bienes, y en general todo aquello que reúna la condición antedicha. ¿Quién no ve la consecuencia lógica de todo esto? ¿No fué la Iglesia instituída como sociedad perfecta en su género? ¿No se trata acaso de los medios imprescindibles para satisfacer su propio fin? Que comprende también aspectos materiales; pero ¿se pueden quizás separar esos aspectos materiales de lo espiritual, que es su fondo? Admitida, por consiguiente, la subordinación de la Iglesia al Estado en ese orden exterior y público, sería necesario admitir la subordinación completa en todo su objeto, negando radicalmente su soberanía y su realidad histórica como sociedad perfecta.

Esta es cabalmente la aspiración que ahora priva: considerar al Estado como señor y árbitro supremo de todo lo temporal y visible, rebajando á la Iglesia á una mera entidad que se halla dentro de su dominio. Y así el Estado grava, altera, si no usurpa los bienes eclesiásticos; intenta convertir en subalternos suyos á los jerarcas y ministros de la Iglesia y legislar á su capricho sobre fundación y régimen de las Órdenes Religiosas; exige su intervención para que se celebre el Sacramento del Matrimonio; permite la apelación del Tribunal eclesiástico al secular, y pone trabas al libre ejercicio de aquél. En suma, la tendencia actual, más ó menos avanzada, según los distintos países, es á anu-

lar la autoridad de la Iglesia. ¡Y todavía se quiere que escuchemos con paciencia las huecas invectivas contra las invasiones de ésta, contra su espíritu absorbente! ¡Hipocresía cruel de los verdugos, que lanzan imprecaciones insolentes para que no se oigan los lamentos de la víctima á quien atormentan!

Esos ataques á la independencia de la Iglesia, venerables Hermanos y amados Hijos, son una injusticia, contra la que claman la autoridad divina de Jesucristo, los derechos de la conciencia humana, la naturaleza de las cosas y la voz potente de la Historia.

Mas no sólo debemos afirmar la soberanía é independencia de la Iglesia, sino su supremacía moral sobre el Estado.

Esta afirmación rotunda producirá acaso á muchos asombro y alarma, por parecerles exorbitante, á la vez que anacrónica en los tiempos presentes; pero no será demasiado pedir que se nos escuche con calma y se medite con reflexión serena si tal afirmación está basada en la verdad, que es de todos los tiempos y no debe ser motivo de temores ni de escándalo para nadie. Nuestra afirmación se aparta por igual de dos exageraciones erróneas: la supremacía del Estado sobre la Iglesia, porque no tiene absolutamente ninguna; y la supremacía física de la Iglesia sobre el Estado, porque no son dos sociedades homogéneas, de suerte que la órbita inferior se halle dentro de la superior. Tiene supremacía moral la Iglesia, porque considerada la extensión que abraza, la unidad que posee y el fin que la

caracteriza, elementos los más substanciales de toda sociedad, es incomparablemente superior al Estado.

No tiene límites en el espacio ni en el tiempo; sus confines por su propia naturaleza son los del mundo. Ella está destinada á recibir en su regazo maternal á los hombres de todos los pueblos, de todas las épocas y de todas las generaciones, porque es la única tutora de las almas en orden á Dios mediante la restauración obrada por el Verbo Encarnado. Así la Iglesia extiende su amoroso cetro por las cinco partes de la tierra y bajo el cayado del supremo Pastor, augusto Vicario de Jesucristo, se rigen el europeo y el americano, el malayo y el etíope, el hijo del Asia y el del África. Avanzan los siglos, y esa venerable matrona que vió á Roma en su apogeo y lloró después sobre su tumba; que saludó más tarde á los bárbaros del Norte y sintió á las nacionalidades modernas formarse al calor de su seno; que asistió al nacimiento de los pueblos de América y presencia hoy los nuevos vacilantes rumbos de los Estados contemporáneos; esa matrona no ha envejecido, hoy como ayer goza de una eterna juventud. Su vida vigorosa y lozana se revela en el espíritu de sus hijos, en la propagación de su fe, en las instituciones que engendra sin cesar su fecundidad inagotable, en el aliento que presta siempre á toda empresa noble y provechosa para la humanidad. ¿Dónde puede presentarse el Estado con la prerrogativa de la universalidad del espacio y del tiempo, si es una ley de la Historia que todo pueblo, mientras más se extiende, se halla más cerca de la división; si las naciones tienen una existencia limitada, en la que se pueden distinguir etapas análogas á las de los individuos? ¿Cómo se puede equiparar

el Estado á la Iglesia, si cuanto más se dilata ve más amenazada su integridad y el curso del tiempo le empuja hacia la muerte?

Y en medio de la extensión universal de la Iglesia, se mantiene indestructible su unidad de doctrina y de régimen: todos sus miembros bajo un solo Pastor, todos con un solo Credo, que se repite siempre igual en mil diversos idiomas. Comparada esa unidad hermosísima y admirable con la variedad de normas de las ideas políticas y los cambios de régimen de la sociedad civil, nadie dudará de qué lado se halla la supremacía moral.

Por último, mirada la Iglesia en su fin, se eleva éste sobre todos los fines de la vida. Es lo absolutamente necesario, y de ella es únicamente la dirección de las almas al supremo destino de la eternidad. El engrandecimiento y la prosperidad material, la mayor cultura de los pueblos, la moralidad de las costumbres, con ser en sí muy nobles estos fines del Estado, quedan muy por bajo de aquel que compete exclusivamente á la Iglesia de Jesucristo.

Según lo hasta aquí expuesto, la supremacía moral de la Iglesia sobre el Estado sólo envuelve el concepto de respeto á la alteza soberana de aquélla en el ejercicio de su ministerio, así como la necesidad por parte del Estado, en el caso hipotético de que pudiera darse alguna incompatibilidad siquiera parcial por razón de los medios —pues de otro modo no se concibe— entre el desarrollo de alguno de sus fines y el más elevado de la Iglesia, de evitarlo cuanto sea posible á su esfera de acción, pues de otra suerte resulta-

ría preferido lo menos á lo más. Pero por razón del elemento fundamental de toda sociedad, que es el fin, y de la comunidad del sujeto de ambas, que es el hombre, á la vez ciudadano del Estado y miembro de la Iglesia, cabe, por virtud de la señalada supremacía moral, cierta subordinación de aquél á ésta sin menoscabo alguno de la soberanía peculiar del poder civil.

La Iglesia tiene por fin la salvación eterna de las almas, como hemos dicho, bien evidentemente supremo y absolutamente necesario de la vida humana; el Estado, la felicidad temporal del hombre. Dentro de este fin de la sociedad civil hay una parte tan elevada como la cultura de los ciudadanos y la moralidad de las costumbres, que tiene contacto de conexión íntima en el individuo humano con el supremo destino de su vida. Por lo cual, siendo el sujeto sobre quien actúan las dos sociedades el mismo, y dándose en éste una unidad subjetiva por la que sus fines aunque sean distintos no pueden ser contrarios, sino hallarse en esferas coordinadas de menor á mayor; siendo, por tanto, los inferiores base de los superiores y éstos á su vez como alma que dignifica y engrandece á aquéllos; siendo esta proporción mayor cuanto más grande sea la proximidad y enlace de los mismos, síguese que, respecto á esa parte más elevada de la esfera civil, la cultura y moralidad de los ciudadanos, á la Iglesia compete un alto poder directivo para advertir á príncipes y pueblos sus recíprocos deberes en ese terreno, no simplemente como consejera, sino con voz autoritativa, aunque sea de Madre amorosa.

Y no se diga, venerables Hermanos y amados Hijos, que la Iglesia cumple esta misión en la esfera privada de cada

individuo, pero no en el orden público del Estado; porque debe cumplirla dondequiera que se halle el objeto de la misma, á menos que se diga una de estas dos cosas: ó que la moralidad pública no tiene conexión alguna con la suprema perfección del hombre, lo que es un absurdo; ó que el Estado tiene autoridad competente para dictar su fallo sobre esa conexión, lo cual no puede reconocérsele ¡Sólo la Iglesia es Maestra infalible de la fe y las costumbres! Esa separación del orden individual y colectivo con respecto á la Iglesia es inadmisibile; hay una relación necesaria entre esos dos órdenes, á manera de flujo y reflujo de mutua influencia.

En armonía con las tendencias de los individuos se constituye el Estado, y á semejanza de éste, personificado en sus altas instituciones, se moldean los individuos. Si de éstos se formase el Estado simplemente como un todo, y no fuese como un organismo con centro de movimiento que influye activa y poderosamente en las partes que le componen, podría admitirse la antedicha separación; mas dada la correlación de recíproca, ineludible influencia entre la esfera individual y la colectiva, aceptar el poder de la Iglesia en la primera y negarlo en la segunda, es colocar el orden de un lado y el desorden de otro, porque habrá de una parte una influencia regulada en el orden moral, y de otra una influencia sin dirección en el mismo orden. Según esto, el divino Fundador de la Iglesia hubiera puesto en manos de su Iglesia un cetro partido, que no dirigiría sino incompletamente al hombre; hubiérale dado virtud para engendrar la vida en los miembros y no en el corazón del cuerpo social; podría ella extirpar los elementos mortíferos en los

primeros y no en el segundo, aunque viese salir de allí la sangre dañada para envenenar aquello mismo á que con tanto trabajo daba la vida. Semejante constitución de la Iglesia es indigna de la sabiduría de Dios, tanto como de su amor, y más que torpe hubiera sido cruel. Ningún católico, ningún hombre meramente pensador puede negar la fuerza lógica de estas consecuencias.

La dificultad que sobre este punto opone indignado el espíritu racionalista, es que tal extensión de la autoridad religiosa coarta la potestad civil y merma su legítima soberanía, impidiéndola legislar libremente dentro de su jurisdicción. Pero no sucede así. El Estado tiene una esfera propia y exclusiva, en la que sólo á él incumbe toda norma y dirección, salvo siempre las reglas morales: la administración pública, el establecimiento y organización de los tributos, el comercio, la fuerza armada, y, en suma, todo cuanto se refiera al bienestar y progreso material. Sobre esta esfera, y como atmósfera superior formada por elementos que impulsan y vigorizan ese bienestar y progreso, se hallan la cultura y la moralidad de las costumbres, que pertenecen al orden civil por el motivo antes indicado, y al religioso por la conexión con el mismo; límite del uno y umbral del otro, viene á ser como la zona común de la acción de la Iglesia y del Estado, donde ambos se encuentran en la mutua armonía de orden debido, para recibir el Estado inspiración que dé acierto y seguridad á sus actos, y para extender eficazmente la Iglesia su constante solicitud hacia sus hijos. Dígase en verdad, ¿qué hay en esto de limitación de facultades, si por el contrario es reforzarlas, supliendo y auxiliando á la falibilidad del Estado con la luz infalible de la

Iglesia católica, para que aquel con autoridad firme pueda legislar y ordenar en materia tan elevada?

No se nos oculta que contra estas aseveraciones de la verdad y la justicia, muchos en tono de airada protesta claman: ¡teocracia! ¡clericalismo! ¡absorción por un poder extraño de las funciones esenciales del Estado!... ¡Ah! ¡Con qué facilidad lanzan los corazones apasionados las palabras más allá de las fronteras de la verdad! Se llama absorción á lo que es impulso de vida, menoscabo del poder á la vigorización del mismo.

III



ESTANOS ahora, venerables Hermanos y amados Hijos, indicar, siquiera en general y por modo sumarísimo, la beneficiosa influencia dentro de ese mismo orden colectivo, que es donde actualmente más se rechaza, ejercida por la autoridad de la Iglesia.

Lejos de ser esta autoridad en medio de la sociedad un elemento atentatorio al poder civil, es su más firme base y apoyo. Ella señala de un modo más alto con el hecho de su origen la fuerza divina de toda autoridad, así como con su doctrina é imperio constantemente la enseña y declara. El Estado que no reconoce á la Iglesia ni á su autoridad, declarándose oficialmente indiferente ó ateo, asienta un principio demoledor de su organismo. Al no reconocer á Dios sobre el cuerpo social, profesa que la autoridad es puramente humana: principio de destrucción, pues contra el humanismo neto de la autoridad sustentada por la fuerza se levanta el humanismo lógico de la anarquía: el hombre no puede mandar al hombre. Desconocido todo elemento di-

vino en la autoridad, ésta no se apoya más que en una opinión, que debe haberla, y en un consentimiento de muchos para que la haya. Contra esa opinión y ese consentimiento puede sostenerse con igual derecho otra opinión y otro consentimiento: que no debe haber autoridad alguna y que se empleen toda clase de medios para aniquilarla.

Si repugna y horroriza esta consecuencia, no hay más remedio que reconocer en la autoridad algo divino. La cual verdad, si no estuviese proclamada claramente en la divina revelación, ni fuese afirmada con evidencia irresistible por la razón, que sólo puede encontrar en el soberano Autor de todas las cosas el origen de toda fuerza, poder y derecho, bastaría para pregonarla por doquiera el mismo corazón humano con ese instinto de respeto y acatamiento que siente en presencia de la autoridad y del que pueblos y generaciones han dado constante testimonio en la historia. Y es indudable que la expresión más elevada de lo divino en la autoridad se halla en la Iglesia católica; pues en su origen y objeto, fin y medios, así como en la substancia misma de su poder, se ve á Dios. Jesucristo, Verbo de Dios encarnado, instituye por sí esta autoridad, que regenera á las almas, las conduce hacia la eternidad, las mueve con impulso sobrenatural, y la divina virtud la asiste en la gestión de su altísimo ministerio.

Es la autoridad de la Iglesia como el foco de la fuerza divina, colocada en medio de las sociedades humanas para encaminarlas á su más encumbrado destino, y de él parten luz que alumbra y poder que estrecha más el enlace de las almas con esos otros focos parciales que dirigen al hombre por las sendas temporales de la vida. Por lo cual es inne-

gable que el ataque á la autoridad de la Iglesia lo es también á la autoridad del Estado; que no puede sufrir detrimento la autoridad espiritual sin que lo padezca á la vez la temporal, porque, aun cuando distintas, están unidas en el fondo común de su ser, en el principio obligatorio de su mando. Bien lo comprendió con certera mirada aquel famoso agitador revolucionario, que al observar el movimiento hostil al Pontificado y á la autoridad toda de la Iglesia, decía con no disimulado regocijo: «Ese Papa que se trata de derribar es un Rey espiritual, y echado éste por tierra seguirán los otros: pues adiós principio de autoridad, por poco que se toque á su forma más augusta»¹; y uno de los más insignes filósofos y políticos protestantes lo ha reconocido de la manera más categórica: «La causa de la autoridad civil y de la Religión cristiana, dice, es evidentemente común; el orden humano y el divino, el Estado y la Iglesia tienen los mismos peligros y los mismos enemigos»².

Los datos que aporta la observación no señalan otra cosa. Las voces que se levantan contra la autoridad civil son las que gritan con más furia contra la autoridad religiosa, como los hijos más sumisos de la Iglesia son los ciudadanos más observantes de las leyes de su patria; y si se forma una escala progresiva de las tendencias hostiles al poder secular, se habrá formado la misma escala de hostilidad contra el poder eclesiástico. Por eso no es extraño que coincida hoy la violación de los sacratísimos derechos de la Iglesia católica con el desprestigio cada vez más cre-

¹ Blanc. *Hist. de la Revol. franc.*, tom. I.

² Guizot., Opúsc.

ciente del principio de autoridad. Un ilustre pensador de la vecina Francia, que ha comparado los tiempos presentes con aquellos otros de la Edad Media, de predominio de la autoridad de la Iglesia, ha dicho: «En aquellos tiempos veréis mudanzas de personas, veréis cambios de dinastías, »los hombres pasan, pero quedan en pie los principios; mas »en los nuestros, principios y personas, todo es arrebatado. »La monarquía cede su puesto á la república, la república »al gobierno representativo, y el gobierno representativo al »despotismo, y siempre queda en las sombras un nuevo sistema social que se agita y hace todos los esfuerzos para »recoger el cetro sucesivamente manejado por manos tan »diferentes» ¹.

Hay que desengañarse, venerables Hermanos y amados Hijos: el mundo moderno está dividido en dos opuestos campos; dos grandes líneas de combate se encuentran frente á frente. En una parte se hallan los que afirman la absoluta autonomía é independencia del hombre; en la otra los que sostienen la sumisión á Dios y el orden establecido por su Providencia soberana. En un lado el movimiento de avance toma estas posiciones sucesivas: negación de la autoridad religiosa, atenuación del poder civil, considerándole como una mera representación del pueblo, y anulación completa del mismo, por ser la imposición caprichosa de una arbitrariedad sin título alguno en la naturaleza humana. Del otro lado las posiciones respectivas de defensa son: reconocimiento y adhesión filial á una autoridad suprema por Dios instituída para dirigir especialmente al hombre

¹ Mons. Gaume, *La soc. domest.*

á su último fin, afirmación del orden social como institución mediata del Supremo Ordenador de todas las cosas, y obediencia decidida á la autoridad social, destinada á mantener dicho orden. Ese es el cuadro de los hechos, sin exageración ni parcialidad alguna; cada cual puede comprobarlo con el análisis sereno de la realidad. ¡Vean, pues, los que pretenden ensalzar ilimitadamente la autoridad civil, deprimiendo á la religiosa, el servicio que prestan á la primera!

Sobre atentatoria contra la autoridad civil, la negación de la Iglesia en el orden público constituye una grave herida á la libertad humana, cuya mayor garantía es la separación personal del poder religioso y civil con la coexistencia y armonía mutua entre ambos. Si al lado del poder civil no está el poder religioso con existencia soberana é independiente, deja aquél de tener junto á sí un testigo imparcial de su conducta y una voz leal de alto consejo que enfrene é impida grandes extravíos; porque la muchedumbre gobernada, unas veces carece de valor y arrojo, otras es víctima fácil del apasionamiento que ciega, y siempre carece de aquellas condiciones esenciales que son necesarias para las elevadas direcciones del orden moral. A lo cual se ha de agregar que un poder de esa índole, sin ver fuera de sí otra fuerte autoridad para ese orden moral y el religioso, tiende á dominar en ellos y abarcarlos por completo; no encontrando en la personalidad humana límite de jurisdicción de otro poder, nada más natural que extender

su dominación á todo el hombre, hasta lo íntimo de su conciencia.

Vanas son todas las declamaciones por la libertad individual y por la exclusión de toda ingerencia del Estado en lo más interno y personal del hombre, en lo moral y religioso: si en el cuerpo social no hay autoridad para todo esto, será esta órbita, que se dice independiente del Estado, terreno abandonado, baldío, sin dueño alguno, situado junto á un poderoso á cuyo campo no hay poder exterior que le señale límites. Por eso la gran conquista que el Cristianismo alcanzó en favor de la libertad humana fué destruir la fusión pagana de los dos poderes civil y religioso y ofrecerlos separados en cuanto al sujeto de la autoridad en el seno de las sociedades cristianas. Así proclaman los hechos históricos que á la independencia y supremacía de la autoridad de la Iglesia va unida la verdadera libertad del pueblo, y al contrario, el enflaquecimiento ó anulación de esa autoridad para refundirla en el Estado son inseparables de la tiranía y el despotismo.

Reconoce Constantino, como primer Emperador cristiano, la autoridad de la Iglesia de Jesucristo, y al momento se introduce en la legislación un espíritu de suavidad que dignifica al esclavo, enaltece á la mujer, sana el hogar doméstico, y en una palabra, como dice un notabilísimo escritor moderno ¹, “una inspiración nueva se revela en todas las disposiciones referentes á las cuestiones de orden moral; la ley se hace más humana, más respetuosa de los

¹ Godofredo Kurth, *Los orígenes de la civilización moderna*, versión castellana de D. Rafael Rodríguez de Cepeda, cap. III.

„derechos individuales”. Invaden los bárbaros las regiones del Imperio, todo lo destruyen á su paso, y cuando amenazan las negruras de la opresión más tiránica, “fueron los Papas—dice un autor protestante,—los que levantaron la jerarquía y con ella la libertad de los Estados” ¹; “la religión cristiana con su autoridad divina, fué la única barrera—añade otro escritor cuyo testimonio no es recusable—que pudo contener el despotismo de aquellos soberanos sin principios, que no conocían ni los deberes de la naturaleza ni el derecho de gentes, y que no sabían más que oprimir y destruir” ². El nacimiento de los Municipios es la época de mayor influencia eclesiástica, y nadie ignora que Inglaterra, *el país clásico de la libertad*, debe su gran carta—*magna Charta libertatum*,—fundamento todavía de su Constitución actual, á la intervención del gran Pontífice Inocencio III para poner coto á las arbitrariedades de Juan Sin Tierra. Las grandes enseñanzas condenadoras del despotismo en los tiempos de auge de la Iglesia en la vida pública no fueron sostenidas por sus enemigos, sino por sus hijos más ilustres, como Santo Tomás, Suárez, Mariana y tantos otros. ¿Se quiere más? El sitio donde las libertades cívicas más se desarrollaron, y en que las formas políticas populares tuvieron terreno más abonado, fué, como hace notar el insigne Bálmes ³, Italia, precisamente Italia, allí donde se había de sentir más de cerca la influencia Pontificia: los nombres de las Repúbli-

¹ I. Muller, *Viajes de los Papas*.

² Montesquieu, *Discurso sobre la Historia de Francia*.

³ *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*, cap. XIII.

cas de Génova, Pisa, Florencia y Venecia lo comprueban.

En cambio el desconocimiento de la autoridad de la Iglesia para aumentar la del Estado llevó siempre como secuela necesaria el despotismo. Sirva de ejemplo, aparte de los últimos tiempos del Imperio romano y de los creados bajo la Media Luna y otros cismáticos dentro del mismo Cristianismo, la reforma protestante, que rechazó la autoridad de la Iglesia: "Mientras que la Religión Católica—dice „el protestante William Cobbet—dominó en Inglaterra, ja „más fué desconocida en ella la libertad civil; pero desde „el momento en que se perdió la protección del Papa, se „hicieron sus reyes y sus nobles unos tiranos horribles y el „pueblo cayó en la mayor abyección y fué tratado como el „más vil esclavo"¹; y si después ha podido renacer allí esa libertad, se debe, como observa discretamente el insigne filósofo español de la pasada centuria, á la debilitación y al desprestigio de aquel principio absorbente del poder religioso por el civil, y al hermoso renacimiento, cada día más creciente, de la Religión Católica en la antigua Isla de los Santos. Y si se quieren ejemplos más cercanos, ahí tenemos ante la vista el tristísimo espectáculo que se ofrece allende los Pirineos, donde los ataques más injustos y violentos á la libertad en sus manifestaciones más altas é inviolables parten en estos mismos momentos de los entronizadores de la autoridad del Estado frente á la de la Iglesia. Como veis, venerables Hermanos y amados Hijos, más que exponer ideas consignamos hechos. Nadie puede rechazar el testimonio que da la Historia, según el cual la autoridad de la

¹ *Historia de la Reforma en Inglaterra é Irlanda.*

Iglesia es la más firme salvaguardia de la libertad humana, así individual como colectiva.

Finalmente, ¿no se proclama hoy, como si fuera una novedad, que el espíritu de fraternidad enlace entre sí á todos los hombres? ¿que salvadas las fronteras de las naciones se tienda á la unión afectuosa de todas las almas? Esta se dice ser la aspiración actual, motivada por los excesos del individualismo, por la necesidad, cada vez más sentida, de la comunión de todos para satisfacer las complicadas exigencias de la vida moderna en los individuos y en los pueblos, y por la constante y vasta comunicación internacional. Parece un anhelo supremo, un lamento angustioso que domina hoy á los corazones, ahogados en esta atmósfera de desunión y de luchas, cuando todo los impulsa á la armonía y á la paz.

Pues nadie como la Iglesia de Jesucristo para fundar el imperio universal de la fraternidad humana. Este sentimiento es hijo suyo, encarnación propia de su vida. Para el mundo pagano fué cosa nueva y estupenda el espectáculo de aquellos peregrinos adoradores de un Dios crucificado, que se mostraban unidos en vivo amor fraterno, sin tener en cuenta para nada las diferencias de castas ó jerarquías, ni de naciones, costumbres ó idiomas. Aquel mundo antiguo, que fuera de los lazos de la sangre no veía la fraternidad, que más allá de las fronteras de la patria desconocía por completo al hermano, escuchó con mudo estupor aquella proclamación de la fraternidad universal de los hombres en Jesucristo, que con entusiasta acento expresaba públi-

camente San Pablo: *Ya no hay distinción de judío ni griego, ni de siervo ni libre, ni tampoco de hombre ni mujer, porque todos vosotros sois una cosa en Jesucristo* ¹.

La Iglesia se dirigió desde el primer día á todos los hombres como hijos de un sólo *Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos y gobierna todas las cosas* ², y extendió el vínculo de la caridad más allá de los límites del tiempo con el tierno y consolador dogma de la comunión de los Santos, que establece una solidaridad fraternal entre las almas que por Jesucristo viven en la gloria del Cielo, las que forman la milicia de la tierra y las que pasan por las sagradas expiaciones del Purgatorio. Y ese mismo espíritu evangélico de fraternidad de los hombres, como hijos de Dios, trascendió al orden público, produciendo la fusión de vencedores y vencidos para formar las nuevas nacionalidades sobre las ruinas del Imperio; circuló por las venas del Estado con las hermandades, gremios y otras instituciones análogas; y creó entre los pueblos cobijados bajo la Cruz aquel elevado concepto de la Cristiandad, unidad superior que enlazaba á todos ellos con recíproco afecto bajo el cetro moral del Vicario de Jesucristo, iniciándose, á pesar de la rudeza é imperfección de los tiempos, ese ideal, por el que el mundo suspira actualmente, de un arbitraje supremo que dirima las contiendas de las naciones, evitando luctuosas guerras y poniendo freno á enormes desmanes, como lo hicieron los grandes Pontífices Gregorio VII é Inocencio III....

Mas hoy ¡cuán contradictorio es decir que se aspira á la unión fraternal y perseguir á la que es Madre universal de

¹ Gálat., III, 28.

² Ephes., IV, 6.

todos! Lejos de Aquel que es *el primogénito entre muchos hermanos*¹ y *en quien formamos un solo cuerpo, siendo todos recíprocamente miembros los unos de los otros*²; lejos de Nuestro Señor Jesucristo y de su Iglesia, inútiles y vanos serán todos los esfuerzos para realizar la verdadera fraternidad entre los hombres; á lo más se conseguirá una aparente unión, una falsa solidaridad, dentro de la cual se fragüen los más siniestros elementos de discordia, de odio y de destrucción de todo el orden social.

Ved, por tanto, venerables Hermanos y amados Hijos, la relación íntima de la autoridad de la Iglesia católica con los grandes principios sustentadores de ese orden y la injusticia de las declamaciones que en nombre de esos mismos principios se dirigen contra aquella excelsa y sacrosanta autoridad.

Brevemente vindicada ésta en su institución, soberanía propia y beneficosa influencia, ¿en qué pecho de hijo fiel y amante no ha de acrecentarse más y más la obediencia rendida y la sumisión amorosa hacia esa bendita Madre, á quien Jesucristo constituyó depositaria de todos los tesoros de su misericordia infinita, á la vez que de todo el poder de su divina autoridad? Esposa inmaculada del Redentor del mundo, la Iglesia ha heredado su amor y sus dolores; con la más tierna solicitud nos dirige constantemente su

1 Rom., VIII, 29.

2 Ibid., XII, 5.

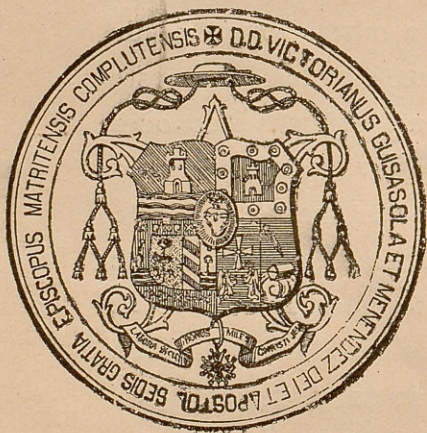
voz para iluminar con ella las sendas de nuestra existencia terrena, y extiende sobre nosotros su mano prodigadora de las divinas bondades para crear y sostener la vida sobrenatural de nuestras almas; y sin embargo, la tribulación es su perpetuo patrimonio. Desfallecimientos de los unos, recelos de los otros, odios satánicos de muchos acibarán el corazón de esta Madre santa é inmortal en los pasos de su peregrinación sobre la tierra.

¡Ah, venerables Hermanos y amados Hijos! Jesucristo ha querido que su mística Esposa, á quien encomendó la gran sociedad de las almas, ostentase en su fisonomía los rasgos característicos de la suya, la misma expresión de bondad y de amargura que le acompañó al buscar en este mundo las ovejas descarriadas. Así la podríamos reconocer mejor por su semblante de semejanza divina, la amaríamos más como Madre dolorida, llegarían sus acentos más á lo íntimo de nuestras almas y más fácilmente podríamos con ella levantar la mirada hacia las eternas mansiones de nuestra gloria futura. Acercaos todos con docilidad filial á esta Madre, en cuyo amante regazo se encuentra la vida y la paz del alma y que á todos invita dulcemente á poseerlas ó recobrarlas. Prestadle siempre obedientes y sumisos los obsequios fervientes de vuestra firme adhesión é inquebrantable amor á su autoridad soberana, de la cual depende el supremo destino del hombre.

Sea el vuestro tan feliz y venturoso por los siglos de los siglos, como con entrañas de padre os deseamos de lo más íntimo de Nuestro corazón, y recibid como augurio de las bendiciones del Cielo la que os damos en el nombre del Padre ✠ y del Hijo ✠ y del Espíritu Santo. ✠ Amén.

De Nuestro Palacio episcopal de Madrid, firmada de
Nuestra mano, sellada con el mayor de Nuestras armas y
refrendada por Nuestro Secretario de Cámara y Gobierno,
á doce de Marzo, primer domingo de Cuaresma, de mil no-
vecientos cinco.

† Victoriano, Obispo de Madrid-Alcalá.



Por mandato de S. E. Rvma. el Obispo mi Señor,
Dr. Raimundo Victorero y Bada
Secretario.

